

EL EXISTENCIALISMO DE GABRIEL MARCEL

I

EXPOSICION DE LA FILOSOFIA DE MARCEL

1.- LA ACTIVIDAD OBJETIVA Y EL RECOGIMIENTO: PROBLEMA Y MISTERIO

La concepción metafísica de Marcel, difícil de aprehender, está vigorosamente expuesta en este esbozo *Position et approches concretes du mystère ontologique*, que, rebasando los moldes conceptuales y lingüísticos, nos entrega la visión filosófica viviente de su autor, la más auténtica, sugestiva y rica de todos los existencialismos.

Escritor y dramaturgo de primera línea, en este librito central dentro de su obra múltiple y variada, Marcel da razón de su concepción filosófica en páginas rebosantes de finas sugerencias, que más que una exposición quieren ser un llamamiento al lector para que, en un esfuerzo de ensimismamiento, traspase la zona de los problemas propios de la razón y penetre en lo hondo del misterio ontológico hasta llegar a la aprehensión misma del ser en su fuente originaria en una coincidencia total con él, más allá del conocimiento que lo desnaturaliza en la objetivación.

Porque es éste el pensamiento nuclear de Marcel. Sin límites bien definidos entre sí, en nuestra experiencia interior aparecen dos zonas superpuestas: la intelectual y la ontológica, la del *problema* y la del *misterio*.

En una reflexión de primer grado nos enfrentamos con nuestros actos conscientes de la inteligencia, voluntad y, en general, de la vida psíquica, vale decir, con una actividad intencional que indefectiblemente nos coloca frente a un objeto, de sujeto-objeto. Nada puede aprehender ella -ni siquiera nuestra propia actividad y nuestro propio "yo"- sin *objetivarlo*, sin ponerlo ante sí, como algo distinto de su propio sujeto. Por eso, en la actividad objetivante de la inteligencia y, en general, de la vida intencional, el sujeto no es alcanzado como tal, queda más acá del objeto, como en penumbras. Pero *objetivar* es lo mismo que *problematizar*. La asimilación por parte de la inteligencia consiste en dar soluciones sucesivas a lo aprehendido hasta -de ser posible- esclarecerlo totalmente. Ahora bien, añade Marcel, esclarecer totalmente algo, *objetivarlo* plenamente, equivaldría a diluirlo como ser en su realidad íntima inefable de sujeto o ser.

La inteligencia no penetra, pues, en la realidad propiamente tal, en el sujeto o ser, el cual está más allá de sus posibilidades. Se queda más acá y frente de la realidad misma inalcanzada des ser, substituye la realidad íntima o *subjetiva* por el *objeto*. Tal actividad objetivante o problematizante de la inteligencia, al no alcanzar la entraría misma ontológica y diluir al ser en objeto, no llega nunca a una solución satisfactoria y conduce indefectiblemente a la desesperación -tesis que Marcel ha dramatizado en su obra *Le monde cassé*.

Por otra parte como valdría una solución *objetiva*, si no sé lo -que es *el sujeto* cognoscente, que no es objetivado en el conocimiento, si no sé lo que yo soy, ni siquiera si yo soy? Ni vale que pueda tomarme a mí mismo como objeto, porque no lo puedo hacer sin distanciarme nuevamente, sin colocarme a mí mismo otra vez como sujeto, más acá de ese "yo" analizado como *objeto*. Nada obtendríamos con la instancia reflexiva *in infinitum*, porque siempre el último sujeto objetivante queda sin analizar ni problematizar. Ahora bien, si el "yo" o sujeto desde el cual se plantea el problema y gracias al cual tiene éste sentido queda indefectiblemente sin analizar y problematizar, vale decir, que si toda reflexión crítica sobre el valor objetivo de la inteligencia depende de este sujeto o yo --en el cual y desde el cual se plantea el problema- impermeable en su última instancia a la objetivación o problematización, es claro, concluye Marcel, que toda solución crítica en este plano, se derrumba por su base, como dependiente de algo no problematizado. Más aún, es el mismo planteo crítico o de objetivación que está larvado de problematicidad insoluble, quien indefectiblemente entraña la dualidad sujeto-objeto, que frente a un objeto o problema por dilucidar deja al sujeto inexplorado -y en última instancia inexplorable- desde el cual y por el cual tiene sentido el problema mismo.

Así planteada y entendida la reflexión crítica, realmente conduce al escepticismo y la desesperación.

El pensamiento objetivo vale para las ciencias, para esclarecer y ordenar el mundo con el fin de utilizarlo mejor. Es allí donde tiene su órbita propia el problema. Toda la ciencia se organiza como planteo y soluciones de problemas y no como penetración óptica. La realidad en su entraría viviente e inefable se escurre de los conceptos, que no están hechos para aprehender el ser. Cuando la inteligencia hace del ser un objeto, lo problematiza, se coloca delante de él sin penetrarlo, es decir, pretende tratar al ser como a un dato científico y hacer n-ietafísica con un método y medios científicos inadecuados para ella.

La afinidad y analogía del pensamiento de Marcel con el de Bergson en este punto es innegable. No sería difícil que hasta se trate de una verdadera influencia.

La solución, pues, no puede encontrarse por este camino sin salida.

Ha de explotarse otra vía más recóndita, en un plano más hondo, por debajo de la actividad objetiva o nocional, mediante "*una reflexión de segundo grado*", que nos coloca en el seno mismo de la realidad, en posesión o mejor, en una experiencia lúcida e inmediata, sin intermediarios, del ser, en su realidad inefable, en su "*misterio ontológico*". Mediante esta reflexión somos conducidos no al "*pensamiento pensado*" (objetivado), sino al "*pensamiento pensante*", a la fuente misma originaria de donde brota y se crea el ser del pensamiento. Esta aprehensión del ser en su realidad inefable o inaprehensible como objeto -tal el sentido del "misterio ontológico", tan frecuente en la pluma de Marcel- no se verifica por un acto que nos ponga frente al ser, por un acto que nos coloque como sujeto frente al objeto; en ella desaparece toda dualidad de sujeto-objeto, el ser es alcanzado en sí mismo, en su subjetividad creadora intransferible e incambiable en cualquier otra cosa que no sea él, por una coincidencia o experiencia inmediata del mismo, de modo que tal aprehensión y el ser aprehendido sólo constituyen un solo término: el ser en sí mismo, en su irreductible realidad óptica -y no como objeto o problema por esclarecer- ese ser profundo del que surge y que constituye al "yo", como su como correlativo al objeto.

A semejante aprehensión o quasi-intuición pre-inteligente se llega por el "recogimiento", imponiendo silencio a la actividad objetiva de la conciencia. En ese preciso instante del silencio de los actos, que nos colocan frente y no dentro del objeto y diluyen en problema su realidad misma, tiene lugar la epifanía del ser: la experiencia inefable de su irreductible contextura óptica, no como *ser pensado* (objeto), sino como *ser pensante*, fuente originaria y creadora de nuestro yo y de nuestra actividad consciente.

Es preciso llegar hasta allí, hasta ese sujeto en su realidad irreductible e impenetrable, en esta aprehensión que no lo deja fuera de sí como objeto sino que penetra y coincide con él, más abajo de toda la actividad objetiva de nuestra conciencia, para alcanzar una solución ontológica segura y ponernos al abrigo de la crítica destructora de esa actividad problematizadora, que nos conduce indefectiblemente a la contradicción y a la desesperación. En este plano hondo de la aprehensión del misterio ontológico, es decir, del ser en su realidad intransferible a nada que no sea él, no valen las objeciones de la crítica, fundadas todas ellas en un plano superficial de actividad problematizadora u objetiva, que no pueden alcanzar al ser en su realidad íntima inobjetiva y objetivante, aprehendido en el recogimiento por una cuasi-intuición, no distinta del ser mismo; entre tal aprehensión y el ser aprehendido hay una unidad perfecta, ha cesado toda dualidad de sujeto-objeto que permita introducir entre ambos la cuña de la crítica.

2.- ACTITUDES EN QUE SE REVELA EL MISTERIO ONTOLOGICO: LA FIDELIDAD, LA ESPERANZA, Etc. EL DRAMA, LA FORMA DE DAR VIDA A TALES ACTITUDES, Y POR ELLAS LLEGAR AL MISTERIO DEL SER

Este ser habitualmente oculto -en su misterio ontológico- a los ojos de nuestra conciencia, hecha de actividad objetiva, se nos manifiesta intuitivamente en el recogimiento, en ciertas actitudes sencillas y comunes de nuestra vida diaria, tales como la *presencia*, la *fidelidad*, la *esperanza* y *el amor*. Y como el drama capta la entraña misma de la vida, es él -al parecer de G. Marcel- quien en mejor disposición espiritual nos coloca para alcanzar el inefable misterio ontológico en una serie de situaciones como *la presencia*, *la fidelidad*, *la esperanza* y *el amor* u otras actividades semejantes, en que el ser se abre paso a través de las objetivaciones conscientes y en que nuestro propio ser se nos devela en toda su fuerza y en su más íntima realidad. En tales situaciones el ser emerge de su habitual inmersión bajo la actividad problemática que lo cubre y desnaturaliza en los objetos.

Casi sin querer el lector es conducido a pensar en la analogía que medía entre este doble plano de la actividad y ser problematizado (falseado) y del misterio ontológico (ser auténtico), con la existencia banal y la existencia auténtica de Heidegger, la cual sólo nos descubre su oculta y trágica entraría en la angustia que nos coloca frente a su temporalidad y desamparada finitud entre los límites de la nada.

Pero a más de todas las diferencias que se pueden establecer entre ambas posiciones, hay sobre todo dos que separan radical y antípodamente a Marcel de Heidegger. En primer lugar el ser de la existencia humana -pura temporalidad, en definitiva- está limitado, según Heidegger, encerrado entre dos nadas; y en segundo lugar, la llamada trascendencia pertenece y no es sino el mismo ser de la existencia humana, que incluye en su seno el mundo de las cosas circundantes como horizonte o límite de la propia existencia, vale decir, que tal trascendencia no es sino un término -objetivo o mundanal- dentro de la tensión y dualidad en que se nos da el ser de nuestra existencia, como "un estar y durar en el mundo".

En cambio, el ser, que en el recogimiento se nos entrega en su auténtica e inefable realidad, según Marcel, es un ser *operante* y *ci-cante*, un ser *abierto a la auténtica trascendencia*; más aún un ser que se nos da no frente a otros -como objetos- sino *en comunión* con otros. Debajo de nuestro yo, sujeto frente a irreductible al objeto de la actividad consciente, en la zona del misterio ontológico, el ser se nos revela en comunidad óptica con otros seres. Es así cómo él se

nos manifiesta en la *presencia*, en la *esperanza* y otras actitudes semejantes, las cuales -insiste Marcel- tampoco deben ser entendidas en un plano superficial psicológico, donde se plantean los problemas irreductibles, sino en el profundo y ontológico, en que se diluyen todas las antinomias del problema y el ser aparece en su armónica unidad desde su fuente óptica inexpresable.

Este ser en su misterio óptico se nos revela *encarnado*, comunicado con el cuerpo, y por él con la trascendencia del mundo corpóreo. Más aún, en el término de su finitud, por la que se abre a la trascendencia, nuestro ser se encuentra abierto y en comunicación con Dios. Especialmente en ciertas actitudes, como la esperanza o la fidelidad a una promesa formulada a alguien, que ya no existe o no nos la puede exigir, en el término de nuestro ser finito se nos revela el Ser trascendente de Dios, -,los damos cuenta de que estamos en presencia de *Alguien*.

3.- EL ACCESO AL MISTERIO ONTOLOGICO, RESULTADO DE UNA ACTIVIDAD MORAL

Mas a semejante aprehensión del ser en su misterio ontológico, a nuestro ser finito abierto por su encarnación y en comunión con otros seres y sobre todo con el Ser divino, no se llega por un puro esfuerzo de recogimiento. Para llegar a tal término es preciso una decisión libre, una aceptación de nuestro ser tal cual es y tal como se nos da en comunicación con los demás seres y con el ser de Dios. El acceso al misterio ontológico en última instancia implica y se alcanza mediante la actitud moral de fidelidad y acatamiento nuestro ser y al camino del recogimiento que nos conduce a él y también los demás seres y al Ser de Dios, con él comunicados.

Dos obstáculos se oponen, pues, al acceso al ser auténtico: el quedarse en la superficie del problema (la actitud crítica de la actividad objetiva, la reflexión de primer grado que dice Marcel o también, después de haber penetrado por el camino del recogimiento hasta nuestro ser auténtico, decir que no, negar el ser trascendente, el Ser de Dios sobre todo, y encerrarse libre y orgullosamente en el propio ser finito. Naturalmente que ambas actitudes conducen a la desesperación: *la primera*, pues que desemboca en la contradicción de la actividad problematizadora, que no puede nunca esclarecer objetivamente todo, pues siempre queda sin análisis precisamente el sujeto, el "yo", en el cual y por el cual tiene sentido la formulación misma del problema y además porque no penetra en el ser-, *la segunda*, porque cierra *contra naturam* nuestro ser finito, abierto y en comunicación óptica con los demás seres, En ambos

casos, una actitud moral respectivamente de superficialidad o de orgullo, libremente aceptada, es la que nos aleja de nuestro ser auténtico, del misterio ontológico, -en que todas las contradicciones del problema y del ser finito y contingente, cerrado y privado de trascendencia, se resuelven en la unidad viviente del ser poseído- y -nos arroja definitivamente al desgarramiento interior y a la desesperación, cuyo término connatural es el suicidio.

El ser es una realidad de continuo amenazada por una actividad problemática que substituye y diluye su inefable unidad por múltiples objetos, y por una actitud de orgullo que lo deforma cerrándolo en su finitud. El acceso al ser, la mirada impida del espíritu que lo aprehende son el fruto de la abnegada vigilancia del recogimiento y de la humilde fidelidad al misterio ontológico. Cualquier claudicación en uno u otro sentido, nos cierra el paso y el ser se nos escapa.

En Marcel, como en otros existencialistas, metafísica y moral se compenetran y constituyen una misma cosa.

II

CRITICA A LA FILOSOFIA DE MARCEL

1.- DESCONOCIMIENTO Y DEFORMACION DE LA AUTENTICA NATURALEZA DE LA INTELIGENCIA, EN LA CRITICA DE MARCEL

Tal el sentido hondo y el espíritu que informa a esta filosofía de G. Marcel: más que un sistema, es un llamamiento a una actitud espiritual, que nos conduzca al descubrimiento de nuestro auténtico ser y, en él, del ser en general, y del Ser de Dios, al descubrimiento del misterio ontológico, un llamamiento a la *vigilancia* (recogimiento) y a la *fidelidad* a nuestro ser, en comunión con los seres y el Ser, abierto a la trascendencia, a la conquista de nuestro propio ser y a no descuidarnos y dejárnoslo arrebatar por los *enemigos -superficialidad problemática -científica y orgullo-* siempre en acecho.

El rico pensamiento de Marcel -en posesión de la Verdad total, después de su conversión al catolicismo- está lleno de referencias y apunta a un cúmulo de verdades nucleares -filosóficas y teológicas- que desbordan y superan los moles conceptuales de su propia filosofía.

Porque, pese tal vez a sus intenciones, la actitud misma de Marcel enviscera una concepción, que no es ciertamente la mejor, la ajustada a la realidad de los hechos que analiza, inferior a todas luces al espíritu que lo anima y a las verdades a las que apunta.

Por de pronto todo su ataque contra la inteligencia acusándola de no entrar en el corazón mismo del ser y de detenerse frente a él diluyéndolo en objeto, problematizándolo, si bien conserva su fuerza contra la inteligencia de un idealismo que la deforma al concebirla como una actividad trascendental o de un puro sujeto cognoscente, creadora de sus propios objetos y sin penetración, por ende, en la entraría misma del ser trascendente, carece de todo fundamento sólido y se basa en un desconocimiento de la verdadera naturaleza de la vida intelectual. A ello ha contribuido sin duda no poco la posición idealista primera del Marcel de sus primeros años, contra la que reacciona con razón en su existencialismo actual. Son resabios de esa concepción los que lo conducen a esa actitud contra los defectos de la inteligencia de que esta en su realidad o ser auténtico carece.

El conocimiento y más concretamente la intelección no es una objetivación como construcción a priori, un sustituto de la realidad, no es un acto que se coloca frente a un objeto que está más allá de él; por el contrario, es él una aprehensión del ser ajeno en cuanto *objeto* o distinto del propio acto, pero alcanzado en la inmanencia de éste. El acto cognoscente y el ser conocido se identifican en la realidad única inmanente del propio acto, bien que no real sino intencionalmente, es decir, permaneciendo el ser como término objetivo o realmente distinto del acto. Sujeto y objeto coexisten en la realidad única del acto cognoscitivo como términos de una tensión u oposición real, es decir, se identifican intencional o inmaterialmente. El acto cognoscente penetra, pues, y aprehende inmediatamente el ser real en su misma alteridad u *objetividad*. En el acto intelectual *gnoseológicamente* el objeto es alcanzado y penetrado *inmediatamente* en su misma realidad y no en intermediarios o sustitutos, El concepto objetivo no es, pues, una imagen substitutiva del ser, es el mismo ser captado inmediatamente bajo alguna de sus facetas o notas, captado naturalmente como *objeto*, es decir, como ser distinto u otro del ser del sujeto cognoscente. *Sujeto y objeto* no tienen, pues, el significado que les da artificialmente el existencialismo -también el de Marcel- como si el primero fuese el verdadero ser y el segundo el modo como la inteligencia lo concibe deformándolo, no. Sujeto y objeto son ambos ser, uno como idéntico y el otro como distinto del propio ser cognoscente. Por eso, concebir el ser como "*objeto*" no es desnaturalizarlo o quedarse frente y exterior a él sin aprehenderlo en su íntima esencia; por el contrario, es la única manera de captarlo *como realmente* es por parte de un sujeto y acto que no se identifica realmente con él: es aprehenderlo o asimilarlo en su auténtica realidad distinta u otra -eso significa *objeto*- del propio acto que lo aprehende. Y como quiera que todo ser creado y finito desde que no es el Acto o Perfección pura (Dios) *opera por una acción distinta de su acto de ser*, síguese que aún el propio ser

subjetivo, el propio yo, no pueda ser aprehendido sino como término objetivo de una identidad intencional del acto cognoscente.

Esta aprehensión objetiva del ser ajeno y del propio sujeto se logra gracias a la inmaterialidad del acto, que en la intelección llega a ser *total: espiritualidad*. Ahora bien, la espiritualidad incluye la cognoscibilidad y el conocimiento en acto -al menos en acto primero o virtualmente- Y por eso toda intelección, que es aprehensión de un objeto, es simultáneamente aprehensión del propio sujeto: en el mismo acto de conocimiento de algo, el sujeto está presente por el otro término de la identidad intencional. Contra la afirmación de Marcel, el sujeto no queda más acá, inalcanzado por la reflexión crítica. Esta es total: al volverse sobre el propio acto cognoscente y aprehenderlo en su conformidad e identidad intencional con el ser objetivo el mismo acto reflexivo es simultáneamente aprehendido inteligiblemente en su transparencia inmaterial.

En toda esta crítica de Marcel y en general del existencialismo, especialmente de Jaspers, quien llega a llamar a la objetivación "la esclerosis del ser" auténtico, que es siempre sujeto o ser en sí- contra la inteligencia hay, pues, un desconocimiento de su cabal naturaleza, de la profunda doctrina tomista sobre la misma, que penetra hondamente y da razón de este ser singular y difícil de aprehender en su íntima esencia que es el conocimiento; a más del equivoco encerrado en el término *objeto*, que lejos de excluir, incluye el *ser en sí -sujeto*, que dice el existencialismo- y que sólo indica el ser en sí en cuanto otro o distinto del ser subjetivo o, al menos -en el caso del conocimiento del propio sujeto- distinto del acto mismo cognoscente.

Desde luego que el conocimiento de nuestra inteligencia -inteligencia unida al cuerpo y que sólo a través de los datos de la intuición sensible se pone en contacto con su propio objeto- no *es intuitivo, sino abstractivo*: sólo alcanza el ser o *esencia* de la realidad a costa de dejar la riqueza de sus notas individuantes. Pero por pobre que sea este modo de alcanzar su objeto, *es inmediato*, la inteligencia se une íntimamente con él en la identidad intencional del acto cognoscitivo.

2.-INEXISTENCIA DE OTRO CAMINO DE ACCESO CONSCIENTE AL SER, FUERA DEL INTELECTIVO

El noble esfuerzo de Marcel por alcanzar el ser en su fuente original -en su "misterio ontológico"- sin objetivarlo, vale decir, sin arrojarlo más allá de nuestro acto en la dualidad sujeto-objeto, propia de todo conocimiento intelectual, en un plano puramente intelectual o

filosófico nos parece un esfuerzo vano. Por más que Marcel eche mano de sus sinfónicos recursos de honda penetración en nuestra vida íntima, fuera y más allá de nuestro conocimiento intelectual, de nuestra conciencia, no nos queda otro modo natural de aprehensión del ser. Si hacemos callar nuestra inteligencia, si apagamos la luz de nuestra conciencia, que sólo aprehende de un modo expreso nuestro yo como término objetivo de un acto intencional, sólo nos queda el silencio y la obscuridad total. Desde luego que permanece nuestro ser en sí mismo, pero cesa su aprehensión y mucho más la aprehensión de sus caracteres de finitud y de comunicación con los seres trascendentes, con que Marcel lo descubre.

En verdad Marcel reitera analógicamente el segundo tiempo de casi todos los agnósticos, desde Kant a Bergson: a *la realidad*, a la que no tiene acceso válido la inteligencia, *se llega por un camino irracional*. Tesis, que tanto por lo que niega -valor ontológico del conocimiento- como por lo que afirma -aprehensión irracional de la realidad- es falsa.

3.- NECESIDAD DE INTEGRAR COMO OBJETOS DE LA INTELIGENCIA, LOS VALIOSOS HALLAZGOS Y CONTRIBUCIONES DE MARCEL

Los penetrantes análisis de Marcel en la finitud de nuestro ser encarnado, abierto y en comunicación con la trascendencia, realizados en determinadas actitudes o situaciones espirituales: la presencia, la fidelidad, la esperanza, etc., conservan todo su valor, con tal de transportarlos al único *plano* en que se los puede aprehender como tales, en su auténtica realidad, vale decir, con tal de conducirlos al plano de objetos de una inteligencia -no de la inteligencia disminuida y desarticulada del ser en que piensa Marcel, de una inteligencia *desonticada*, -que se queda más acá y frente al ser y lo diluye y problematiza objetivándolo- sino de una inteligencia auténtica, que penetra hasta el corazón mismo del ser, hasta su esencia -siquiera sea bajo un aspecto suyo universal y a las veces puramente analógico- desde la rica inmanencia de su acto, desde esta inmanencia cognoscitiva llena de misterio, en cuyo seno hay existencia para otro ser distinto de ella o en cuanto otro y entra y tiene cabida el ser en su trascendencia, el ser trascendente en cuanto tal.

4.- EL PELIGRO DE LA TRASPOSICION DEL ORDEN NATURAL Y SOBRENATURAL FILOSOFICO Y TEOLOGICO

A más del desconocimiento de la verdadera naturaleza de la inteligencia, viniendo como viene del idealismo, acaso haya en Marcel una trasposición del orden sobrenatural cristiano -tan intensamente vivido por su fe radiante- con el natural de la pura razón filosófica. La defensa contra esta dificultad, que formula en las últimas páginas de su "*Position et Approches concrètes du Mystère ontologique*", quiere decir que a él mismo le ha salido al encuentro tal objeción.

El pensamiento de Marcel nos pondría así ante el drama existencial auténtico, que precisamente por ser existencias ya no es puramente natural ni su aprehensión puramente filosófica: nos pondría ante la realidad total -natural y sobrenatural- de un hombre no esencialmente corrompido pero sí *vulneratus in naturalibus*, herido por el pecado original, en su ser natural, debilitado en su voluntad y entenebrecido y dificultado en su inteligencia hasta tal punto que sin la ayuda sobrenatural de la revelación está moralmente imposibilitado de realizar plena y adecuadamente una dilucidación filosófica del ser natural y de las grandes verdades naturales necesarias para el esclarecimiento y ordenamiento de su propia vida, así como sin la confortación de la gracia está moralmente incapacitado para el cumplimiento de la ley natural.

Contra la obra de una inteligencia así obscurecida y trabada con tantas dificultades y que, por eso mismo, *de hecho* ha conducido al hombre a tantos errores en todos los órdenes, el llamado de Marcel al recogimiento adquiere el acento de un llamado a un conocimiento superior al de la inteligencia como tal, una apelación a la fe sobrenatural, que nos devela el misterio de nuestro ser humano y divino -de hijos de Dios- caídos y redimidos por Cristo, y nos pone en contacto con el Dios vivo, Uno y Trino, con el Dios encarnado y con su Verdad revelada que El nos trajo de; seno del Padre, y podría ser incluso un llamado a la contemplación mística, único caso en que por vía de amor no intelectual es posible alcanzar y ponerse en contacto con el Ser absoluto del divino Amado.

Más tal conocimiento sobrenatural de la fe está más allá y por encima de la Filosofía, escapa al dominio propio de la razón. El peligro de Marcel está en transportar todo este plano sobrenatural al plano natural e incluir esta sabiduría de la gracia en la órbita de la razón natural: en una palabra, en *filosofar la teología*. Su filosofía se inclina al *fideísmo*. Al final de su obra, sin embargo. Marcel se defiende de ello, insistiendo en que en su actitud filosófica no se está refiriendo a este orden superior cristiano. De todos modos el peligro de la confusión de ambos órdenes salta a la vista. Y este error -al que por lo menos tiende y está en acecho en su filosofía- de naturalizar lo sobrenatural, y en el plano del conocimiento de filosofar la teología,

es no menos funesto que el anterior, del *agnosticismo* intelectual y del *irracionalismo* que su concepción encierra. Más aún, como en Bergson, tales errores -agnosticismo e irracionalismo fideísta- están íntimamente dependientes entre sí. La negación o disminución de la inteligencia -el *agnosticismo o cuasi-agnosticismo*- conduce naturalmente a buscar caminos nuevos, no intelectivos, de acceso al ser -*irracionalismo* de diversos matices- incluso el de la fe sobrenatural pero naturalizada.

5.- LA CONCEPCION DE MARCEL, FRUTO DE UNA EXPERIENCIA TOTAL NATURAL Y SOBRENATURAL

Sin embargo, Marcel ha logrado esclarecer y poner en primer plano un conjunto de verdades de primera magnitud, ignoradas u olvidadas, que el existencialismo cerrado y ateo se ha empeñado en no ver, y lo ha logrado con tanta mayor eficiencia y oportunidad, cuanto que lo ha hecho desde una posición y conceptualización asequible a sus adversarios, en un lenguaje semejante al de éstos, cuya posición fundamental inicial comparte.

con el mundo, cómo su finitud es operante o creadora gracias precisamente a su abertura y comunicación con los otros seres trascendentes y, en definitiva, con el Ser de Dios. Y ha puesto en claro tales verdades con la fuerza y vida de quien las ha buscado azarosa y arduamente, y las ha encontrado al fin plenamente, en una experiencia interior, en lo más íntimo de su propio ser, no sin la amenaza constante de poder volver a perderlas.

Pero, preciso es insistir en ello, a tales verdades, fundamentales para un esclarecimiento y ordenamiento de la propia existencia, Marcel no ha llegado como a una conclusión, por puro y frío razonamiento especulativo, sino como al término de un viaje, que no es otro que el recorrido de su propia vida, ha llegado a ellas, como S. Agustín, como a la solución de un íntimo Y supremo problema personal, como al desenlace de su propio drama interior, que, en un orden total o pleno de la existencia, no es sólo ni principalmente natural sino ante todo sobrenatural y, como tal, no se esclarece primariamente con las luces de la pura inteligencia sino con la ilustración de la gracia, por más que tal solución integral de la propia existencia y, desde ella, de toda la realidad lleve enviscerada también y *emínter* un esclarecimiento de la realidad natural, no destruida sino incluida y elevada dentro de la economía de la gracia.

De estas profundas raíces de la propia existencia, de donde arranca la solución de Marcel, proviene el calor y vigor que ella cobra bajo el aliento de su propia vida, vida trasuntada en toda su fuerza en el estilo de uno de los más grandes dramaturgos contemporáneos. De ahí también,

de ese fervor palpitante de su hallazgo, arranca la deformación y hasta la falsa conceptualización de tales verdades, cuando Marcel ha intentado comunicar y fundamentar filosóficamente su rico y viviente descubrimiento. A lo cual ha contribuido también la falta de instrumental filosófico. Desprovisto de una auténtica formación filosófica, tras penoso recorrido -recorrido no puramente filosófico sino total, de su propia vida- ha alcanzado Marcel una límpida y penetrante visión del núcleo mismo central de la filosofía: del ser, del hombre, abierto y comunicado con el ser del mundo y de los demás hombres, y con el Ser de Dios; y, con la fuerza y alegría de la verdad encontrada -verdad total, también de la fe sobrenatural- ha querido hacer partícipes de la misma a los demás, nos ha querido comunicar no sólo su tesoro sino también el recorrido por él seguido para hallarlo; y mientras nos entrega íntegro aquél - como la entraría palpitante de su propio ser- no atina ¿i dar con la fórmula precisa de éste; lo conceptualiza imperfecta y hasta falsamente, no da con la forma filosófica adecuada, que exprese con justeza y fundamente con solidez su luminoso descubrimiento, no acierta a dar cuerpo filosófico a su espiritual alumbramiento.

Mons. Dr. Octavio N. Derisi Director del Instituto de
Filosofía y Catedrático en la Facultad de Humanidades
y Ciencias de la Educación de la Universidad Nacional
y en el Seminario Mayor de La Plata